

Gasolina para la coca

SIRIRÍ MARIO FERNANDO PRADO



PARA NADIE ES UN SECRETO QUE LA gasolina es imprescindible no solo para el procesamiento que convierte la coca en cocaína, sino también para que funcionen los laboratorios escondidos en lugares inexpugnables. Allí se requieren plantas eléctricas para alimentar, entre otros, los hornos microondas que deben trabajar permanentemente.

Para decirlo de manera simple: si no hay gasolina, no hay cocaína. Por eso la denun-

cia hecha por el candidato a la Gobernación del Valle, Francisco Lourido, debe ser tenida en cuenta.

Sucede que las ventas de gasolina andan disparadas en los departamentos donde se procesa el alcaloide y el Gobierno no ha tomado cartas en el asunto. Las estaciones de gasolina en esos lugares se han multiplicado geoméricamente, ante los ojos y oídos de quienes andan persiguiendo a los responsables de este delito.

Ejemplos hay muchos: mientras que en el Valle del Cauca (con más de 4,7 millones de habitantes) existen 473 bombas de gasolina, en Nariño (con solo 1,8 millones de almas) hay 481 estaciones y en Putumayo hay 106 estaciones y solo viven 360.000 personas.

¿Para qué tanta gasolina? ¡Blanco es, ga-

llina lo pone!

Pero hay más: en los departamentos limítrofes con otros países, el galón de gasolina cuesta \$3.000 menos que en el centro del país, debido a que existe un subsidio fronterizo, que ignoro por qué y para qué.

O sea que dicho subsidio lo asume el Gobierno y lo pagamos todos los que compramos gasolina. Es decir, que podríamos hasta ser cómplices de tan atrabiliaria medida que solo beneficia —¡y de qué manera!— a los mencionados laboratorios.

Lo anterior para no cuestionar el papel que juegan los distribuidores y expendedores, pues es imposible que no sepan a dónde va a parar la gasolina que venden, cómplices también de esta cadena que es preciso desarticular.

Duque, Bolsonaro y los incendios en la Amazonía

CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO



HACE UNAS SEMANAS ESCRIBÍ EN este espacio que las políticas antiambientales del presidente brasileiro Jair Bolsonaro son una amenaza para toda el vecindario, incluyendo Colombia. Si faltaba alguna prueba, ahí están las imágenes de los incendios amazónicos que le están dando vuelta al mundo. Incendios que este año subieron 35 % sobre su promedio histórico y tienen relación directa con el aumento marcado de la deforestación que las políticas de Bolsonaro han promovido.

El “capitán motosierra”, como llaman muchos brasileiros a su presidente, suspendió las sanciones a los deforestadores, dejó sin fondos y poder a las agencias protectoras de la Amazonía y los pueblos indígenas de la región, negó las cifras de los científicos estatales sobre la deforestación y nombró en puestos clave (como los ministerios de agricultura y del ambiente) a defensores del poderoso lobby de ganaderos y hacendados responsable de buena parte de la tala. Cuando la evidencia de los incendios se hizo inocultable, Bolsonaro acudió a los recursos clásicos del repertorio autoritario, acunados en tiempos de la dictadura brasileira que tanto admira. Primero, probó la estrategia inverosímil de culpar de las quemadas a una supuesta conspiración internacional liderada por ONG. Luego, cuando las críticas vinieron de presidentes como Macron y Merkel, sacó la carta de la soberanía nacional, como si la destrucción de la Amazonía fuera un asunto que solo concierne a Brasil.

En esto, como en lo demás de esta historia, Bolsonaro yerra malintencionadamente. Lo está haciendo, además, con la ayuda del presidente Duque y otros líderes de los países suramericanos que se ven más perjudicados por la irresponsabilidad del brasileiro. Cuando Bolsonaro apareció ante las cámaras para repetir que la Amazonía le incumbe sólo a Brasil, lo hizo acompañado de un manso escudero, el chileno Sebastián Piñera. Iván Duque también le ha dado un espaldarazo a Bolsonaro, aunque Colombia tiene 10 % de la Amazonía y la estabilidad de nuestro sistema climático (incluyendo el de la zona andina) depende del reciclaje del agua y la humedad que tiene lugar en el 65 % ubicado en Brasil. Duque no solo ha guardado silencio sobre los abusos de Bolsonaro, sino que le ha dado un barniz de multilateralismo al argumento nacionalista y a la destrucción de la Amazonía, al llamar a una cumbre de los países de la región para firmar un pacto por la Amazonía.

El pacto se va a quedar en el papel, porque será firmado para legitimar las políticas del gobierno brasileiro y el pobrismo desempeño de gobiernos como el colombiano y el peruano frente a la deforestación en sus propios linderos de la Amazonía. Por supuesto, Bolsonaro aceptó de inmediato la invitación a la reunión.

Convocar cumbres es tan insuficiente como circular fotos por redes sociales rezando por la Amazonía, si los líderes y los habitantes de los países amazónicos, y los de otras partes del mundo, seguimos viendo para el otro lado. Y comiendo la carne, consumiendo la soya y comprando la madera que están detrás de los incendios del pulmón del mundo. Como comentaré en una próxima columna, es como tratar de apagar un incendio con una pistola de agua.

Chócolo

¿Nueva Guerrilla?

EL emprendimiento que BUSCÁBAMOS.



Desaparecer a los desaparecidos

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN



JUSTO EN LA ANTESALA DEL DÍA consagrado a las víctimas de la desaparición forzada, se le ocurrió a un fiscal —Jorge Ricardo Sarmiento— circular la peregrina teoría de que no había habido desaparecidos durante ese oscuro episodio que fue la toma del Palacio de Justicia. Como si no hubiera habido ya una Comisión de la Verdad, así como múltiples investigaciones previas, que publicaron los listados, las pruebas y las circunstancias en las que se produjo cada evento. Como si los colombianos no hubiéramos visto a lo largo de décadas a los familiares de las víctimas, exigiendo —con una persistencia admirable— justicia, reparación y un mínimo de decencia. Parece que ni siquiera esto último podrán dar por sentado.

El repugnante episodio tiene para mí múltiples implicaciones. Primera: poner sobre el tapete la pregunta de a qué juega la Fiscalía. ¿Qué es lo que pretende? Me queda difícil creer que este sea el simple desliz de la proverbial manzana podrida. Si no lo es, si se trata de un patrón, vale la pena recordar que investigaciones cruciales —comenzando por

los asesinatos de líderes sociales— pasan por sus manos. ¿Qué tan confiables son las cifras y los análisis que produce? ¿Qué tan creíbles son sus ya rutinarias exculpaciones? Por otra parte, el prestigio de Medicina Legal —que al menos parcialmente se prestó para la operación promovida por Sarmiento— no podría estar ya más por los suelos. Una recomendación amable: mejor sería para la agencia tratar de recuperar algo de independencia. Si no lo hace, si queda prisionera de su imagen actual de asistente de la opaca agenda política de su hermana mayor la Fiscalía, perderá el último resto de autoridad que le queda.

La segunda: recordar que la desaparición ha sido uno de los delitos más brutales, más extendidos y más desatendidos del conflicto armado colombiano. Nadie se lamenta por él, casi nadie lo ha rechazado y estigmatizado desde las altas esferas (espero que algún lector amable me ayude con casos concretos con los que pueda sustentar este “casi”). Hay crímenes que parecerían tener entre ciertos círculos mucho más cartel. Sin embargo, la desaparición en Colombia ha sido al mismo tiempo masiva y destructiva. Masiva: estoy ya casi seguro de que hay una brutal subestimación en los conteos de desaparecidos en el país. Casi nunca me refiero en esta columna a los trabajos académicos que estoy desarrollando, pero aquí haré una excepción: con base en análisis detallados de distintas fuentes,

creo ahora firmemente que el número de desaparecidos en Colombia está fuertemente subestimado. Independientemente de esto, 30.000 u 80.000 —los límites inferior y superior que habitualmente se citan— ya son en todo caso cifras aterradoras. La abrumadora mayoría de estas personas fueron ejecutadas extrajudicialmente. Muchas de ellas duraron horas y días en cautiverio, sometidas a tortura física o a la psicológica de saber ya que serían asesinadas. Ni hablemos del sufrimiento al que han sido sometidos sus familiares durante años, a veces décadas.

La tercera: esto podría constituir un globo de prueba para una ofensiva negacionista sería. Por un lado, se trata de una de las formas más simples y contundentes de volver trizas el Acuerdo de Paz, que en esta materia hizo avances significativos y creó una Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (a propósito: su directora respondió con claridad y contundencia a este intento de reescribir la historia). Por el otro, es una manera de crear un “debate” y una “polémica” alrededor de juegos de palabras y subterfugios, en el estilo del negacionismo clásico. Y alrededor de una tragedia que no se puede calificar de pequeña: estamos hablando de la destrucción de decenas de miles de vidas humanas en las más sórdidas circunstancias.

Si no queremos ser cómplices, no dejemos que nos desaparezcan a los desaparecidos.